

quierla, entrando en una calle bastante solitaria. Sus pasos son inciertos, vacilantes. Lleva impresas en su alma las frases de su esposa: Ten fe en Dios, que no desampara nunca a los pobres que, como nosotros, todos lo esperan de El... Se oyen unas campanas... Es el toque de la oración; y Emilio, sin saber cómo, se encuentra frente a una iglesia, cuya puerta está abierta. Maquinalmente, como si una fuerza superior le impulsara, penetra en el sagrado recinto, y tomando agua bendita, hace humildemente la señal de la cruz, dirigiéndose al altar mayor. Lleno de emoción, anonadado, aturdido, cae de hinojos ante la imagen del Salvador, que se levanta majestuosa, pero cuyos ojos parecen animarle. Anhelante, le ruega no desampare a sus hijos, no les deje morir de hambre, no permita semejante suplicio. Con acento conmovido le pide justifique su título de *Salvador de los hombres*, de *Salvador de los pobres*, especialmente, y... ¡llora!, ¡llora, sí!, pero sus lágrimas ya no son amargas: son lágrimas consoladoras. Da gracias a Dios por el bálsamo derramado en su llagado corazón, y sale de la iglesia con la esperanza albergada en su pecho, que poco antes asilo era de la desesperación más desoladora.

Entonces sucedió una cosa inesperada para nuestro amigo. Dirigiase a su casa, embriado en sus pensamientos, cuando unos golpes, amistosos, dados en su espalda, vinieron a sacarlo de su abstracción. Era un antiguo compañero suyo, a quien le dio en sus tiempos de prosperidad cierta cantidad que le hacía falta, y que ahora iba a devolverle. ¡Una verdadera lotería! La providencia divina empezaba a ejercer su benéfica acción.

Al pobre Emilio le parecía mentira que aquel dinero estuviera en sus manos, y, sobre todo, que fuese suyo... ¡suyo! ¡Hacía tanto tiempo que no pronunciaba el posesivo de primera persona!

¡Qué sorpresa para su Magdalena! ¡Qué alegría para sus hijos! Y en cuanto a la pobre anciana, no le regocijaba menos la idea de poderla atender como su estado requería. Con estos pensamientos, subió la escalera casi más deprisa que poco antes la había bajado.

Salieron todos a recibirle, esperando, sin duda, el fin desastroso de la tragedia, y quedaron sorprendidos. Sus hijos corrieron a abrazarle, mientras Magdalena, contemplándole absorta, preguntábase:

—¿Qué significa esto? ¿Qué pasa?—cayendo al fin desvanecida en los brazos de su esposo, que le contesta:

—Pasa, mi querida Magdalena, que... ¡Dios no desampara nunca a los pobres que, como nosotros, todo lo esperan de El...

Han transcurrido varios meses. Emilio, empleado en una oficina, gana un modes-

to sueldo que le permite cubrir las necesidades de su familia. La miseria no volverá a aparecer por su casa. ¡La fe les ha salvado.

Soneto a la nieve

La nieve baja del sombrío cielo
como enjambre de blancas mariposas,
como pétalos nidos de rosas
desfendiendo en maula lluvia sobre el suelo.

Se extiende por la tierra como un velo
de diamantes y perlas primorosas,
convierte las montañas majestuosas
en espectros fantásticos de hielo.

Brilla deslumbradora unos instantes
con reflejos de soles fulgurantes
y se convierte en cieno de pantano.

¿Hay algo más fugaz que su blancura?
¿Hay algo más efímero, más sano
que los copos de nieve? ¡La hermosura!

V. C. V.

Recuerdos napoleónicos

Me mandaste morir...

—Merecias ser castigado por tu falta de disciplina, pero te perdono con una sola condición, que es: o mañana mueres en el combate o te haces digno por tus hazañas de una medalla como recompensa. ¿Te comprometes?—Tales palabras dirigía la noche del 19 de noviembre de 1805 el gran militar francés, el entonces emperador Bonaparte, al soldado que se atrevió a contravenir, con sus cantares, la orden que había dado para que durante aquella noche, precursora de una inmensa hecatombe, el más profundo silencio reinase en sus campamentos, y a las cuales con un juramento, comprometiéndose a cuanto de él se deseaba, contesta el soldado; y luego...

Eran las cinco de la mañana del 20, cuando en plena oscuridad empezaron las tropas los preparativos necesarios para entrar en combate: los ayudantes del emperador corrían entre los grupos de soldados para dar las órdenes recibidas, y un sordo rumor empezó a resonar en los oídos de todos... era que el ejército enemigo se preparaba al combate. Salir Napoleón de su tienda y alzarse todos los soldados del suelo, donde permanecían echados, llenos del arrebató que da las victorias, deseosos de entrar en combate, de medir sus armas con el enemigo para demostrarle su poder, todo fué uno; y cuando de los labios de Napoleón salieron las palabras: «Que avancen todos!», desde el primer oficial al último soldado ocuparon

sus puestos; y en columna de honor, primero desfilaron ante el César francés, y después avanzaron rápidos, ligeros, intrépidos, sin volver la vista atrás, pero siempre perseguidos por las granadas austriacas, que con una regularidad matemática les acechan, los siguen, y por último terminan por caer entre sus filas, a compañías de horribles explosiones.

Oyóse un sordo fuego de fusilería, y la primera línea cayó como segada por la guadaña; a lo lejos, los infantes rusos y austriacos avanzan imponentes; al ver su número la segunda línea, titubea, pero al fin avanza en carrera desenfrenada, en medio de la densa niebla que empieza a rodearlos y que impide que los ejércitos se vean: cuando quieren recordar, se encuentran, tropiezan, y empieza la lucha de arma blanca, cuerpo a cuerpo y en medio del más horrible griterío; los rusos reciben constantemente nuevos refuerzos, que aniquilan y desordenan a los franceses, que consumidos por el ímpetu enemigo, abrumados por su superioridad numérica, empiezan a desordenarse, a huir, y el ejército enemigo, al creer suya la victoria, los persigue, los caza como a miserables gazapos.

To lo esto lo ve Napoleón desde una colina; y, lleno de desolación, va a retirarse con los suyos a la segunda línea, cuando ve surgir en medio de tanto desorden un hombre que grita, gesticula, detiene a unos cuantos y, abalanzándose sobre un alandero, le arrebató de las manos la insignia del águila imperial, y a los gritos de: «Seguirme, valientes que militáis las legiones del gran Napoleón! Seguirme, y veréis como los rusos huyen ante vosotros como avergonzadas mujerzuelas...!», avanza impávido, en medio de la lluvia de balas que sobre él lanza el enemigo. Momentos de incertidumbre son estos para todo el ejército; pero al fin uno, dos, tres... todos, todos aquellos que antes huían acobardados, al ver el sublime ejemplo de aquel héroe, le siguen, y tras él vuelven otra vez a chocar con el enemigo; pero esta, rugientes, amenazadores y deseosos de poner en buen lugar el nombre que habían manchado con su fuga, son como un avalancha que todo lo destruye y arrasa con su paso; y ante sus ataques, no pueden resistir los rusos y austriacos, que ahora son los que huyen, perseguidos por la caballería imperial.

Eran las cinco de la tarde; los ejércitos austriacos y rusos huían a la desbandada, perseguidos de cerca por la caballería francesa; los franceses, mientras tanto, vivaqueando en el pueblo y posiciones que antes ocupó el enemigo, descansan de la ruda faena de aquel día, y todos ellos esperan saber la recompensa que dará Napoleón al héroe del día. Por fin se ve venir al emperador, rodeado de un grupo de oficiales; va a dar, según es su costumbre, las recompensas merecidas durante la jor-